

LA MENTE HUMANA

JOSE LUIS PINILLOS

BIBLIOTECA
BASICA

¿Qué determina el comportamiento humano? ¿Cómo lo-gramos, mediante la inteligencia, crear nuestra propia vida? ¿Dónde anidan los deseos? ¿Para qué sirve el inconsciente y el mundo de los sueños?

Con extraordinaria lucidez y una visión crítica, José Luis Pinillos desvela los misterios de ese perfecto mecanismo que es la mente humana. Lo hace aunando saberes diversos, como la biología y la historia, que ayudan a comprender la génesis del hombre de hoy. Una obra de referencia que incluye un capítulo nuevo donde se reivindica la imaginación como complemento esencial de la razón. En pleno siglo XXI, es necesario escuchar las voces del pasado que, en los relatos de los mitos, encierran un tesoro desdeñado por el progreso, la experiencia humana.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La mente humana](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte. El origen de la mente](#)

[I. El hombre antes de Adán](#)

[II. La mente y la cultura](#)

[III. El desarrollo humano](#)

[Segunda parte. La organización de la mente](#)

[IV. El sistema nervioso y el comportamiento humano](#)

[V. La percepción de la realidad](#)

[VI. Los saberes del «Homo Sapiens»](#)

[VII. Los deseos del Hombre](#)

[VIII. El genio y la figura](#)

[IX. La mente humana y el orden social](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

PRÓLOGO

El hombre primitivo sabía muy pocas cosas acerca del mundo exterior, pero creía muchas sobre el mundo interior y el otro mundo. A nosotros nos ocurre hoy justamente lo contrario: en realidad, parece como si nuestras creencias e incredulidades se fueran invirtiendo cada vez más respecto de las de los hombres que nos precedieron en la historia. Hoy, en efecto, se aceptan como naturales, o a lo sumo provocan una epidérmica y fugaz curiosidad, acontecimientos técnicos que hubieran sobrecogido a la humanidad de hace unos siglos. Contrariamente a lo que ocurría en otras épocas –recelosas del progreso material–, la credulidad científica de nuestro tiempo no conoce límites; de hecho, no sólo se aceptan como normales hazañas tan inverosímiles como la del «Apolo XI» o los trasplantes de corazón, sino que hasta los pronósticos científicos más aventurados encuentran una acogida favorable por parte de un público predispuesto a admitir como perfectamente «naturales» las más increíbles proezas de la técnica.

De otra parte, sin embargo, el aumento de esta fe colectiva en la capacidad de la ciencia para conquistar la realidad material parece ir acompañado de una creciente desconfianza hacia todo cuanto se refiere al mundo del espíritu. Dicho de otra forma, ocurre como si la fe en la técnica y la preocupación por la conquista del mundo exterior alejaran al hombre de sí mismo y, a la par, lo distanciaran también de sus tradicionales creencias religiosas, esto es, lo secularizaran. La historia de la psicología no ha permaneci-

do ajena al giro de la sensibilidad humana que acabamos de comentar.

Del culto primitivo a los espíritus y de las especulaciones antiguas y medievales sobre el alma, se ha pasado, en efecto, poco a poco a una ciencia de la conducta, desentendida de la conciencia y principalmente preocupada por los problemas biológicos y sociales de la adaptación de los organismos a su medio. Dicho brutalmente: la psicología actual no sólo no trata del alma, sino que incluso ha pretendido prescindir de la mente y de su principal signo, la conciencia.

Tras medio siglo de infructuosos esfuerzos por conseguir hacer una psicología sin conciencia, el conductismo ha cedido en sus radicales pretensiones, y las aguas empiezan a volver de nuevo a un cauce más razonable.

El título, pues, de este pequeño libro, La mente humana, deliberadamente acentúa la dimensión consciente del comportamiento humano, no, claro es, para resucitar viejas especulaciones en torno a unas fantasmagóricas formas sustanciales, ni para recaer en la mera introspección de unas conciencias desvinculadas de la biología y de la sociedad, sino para inscribir adecuadamente el innegable hecho de la conciencia en sus no menos innegables bases biológicas y condicionamientos sociales.

En tal sentido, comenzaremos por exponer con toda brevedad un esbozo del largo y complicado camino que la vida ha debido seguir hasta producir el tipo de organismo humano actual, de cuyo comportamiento, exterior e interior, pretendemos dar razón en este libro.

Primera parte

EL ORIGEN DE LA MENTE

En el orden natural, todo procede de algo. La mente humana no escapa tampoco al dictado de esta férrea ley a que está sometida la realidad entera. De dónde, en última instancia, procede la totalidad de lo existente, es cuestión que, en cuanto psicólogos, no nos compete acometer aquí. Para nuestros propósitos, basta dejar bien sentado que la mente humana no puede entenderse sólo desde sí misma.

El hombre, desde luego, es capaz de indagar en sus propias vivencias y de comprenderse en cierto modo a sí mismo por la vía de la introspección. Cabe, por supuesto, que observe y describa también las leyes de la conducta ajena. Pero ambas cosas, la observación interior y el estudio de la conducta, son a todas luces insuficientes si no se inscriben previamente en el marco biológico e histórico en que el hombre ha llegado a ser lo que es hoy.

Recordar al lector no especializado en estas cuestiones algunos episodios del largo y complejo proceso evolutivo en que se ha originado nuestra mente, es lo que se pretende lograr con la primera parte de esta obra.

I. EL HOMBRE ANTES DE ADAN

La historia de Adán tiene un valor profundo, pero es obvio que no constituye –ni nadie lo pretende hoy– una explicación científica de la biogénesis del hombre. Al igual que el resto de los grupos biológicos, el hombre desciende, por evolución, de otras especies inferiores que lo precedieron en el milenario proceso de la filogénesis. De hecho, antes de que la especie humana que hoy domina el planeta hiciera su aparición en el Pleistoceno, hace unos 200.000 años, otras especies muy parecidas a la nuestra habían existido ya sobre el planeta durante cientos de miles de años. Si Adán, pues, simboliza al hombre de nuestra especie, es evidente que antes que él ya habían existido otras especies pertenecientes también al género *homo*. Hasta llegar a nosotros, la naturaleza llevó a cargo una larga serie de transformaciones biológicas que se designan con el nombre *hominización*.

Por supuesto, nada de cuanto acabamos de afirmar debe tomarse como un argumento en contra de nuestras creencias. El problema religioso no estriba en aceptar o combatir el hecho de la evolución. En realidad, la existencia de un proceso evolutivo tan gigantesco como el que nos ofrece el grandioso espectáculo de la filogénesis ha sido esgrimida por algunos filósofos –como Whitehead, por ejemplo– como un fuerte argumento espiritualista:

Con una ceguera impuesta casi a modo de castigo expiatorio de una reflexión precipitada, superficial, muchos pensadores religiosos se opusieron a la nueva doctrina, cuando en realidad una filosofía íntegramente evolucionista es incompatible con el materialismo (*La ciencia y el mundo moderno*, Edit. Losada).

Si la evolución es compatible o no con el materialismo, y si la materia o realidad originaria de que procede toda la evolución es eterna o fue creada por Dios, como creemos, constituye una radical cuestión filosófica y teológica que no puede ser resuelta por los hombres de ciencia, pero

que en cualquier caso, no afecta demasiado a los hechos y teorías que vamos a comentar aquí. Con independencia de todo ello, lo que parece cierto es que, a partir de una materia inicial, se inició hace miles de millones de años un proceso cosmogénico a lo largo del cual fueron apareciendo nuevas y más diferenciadas formas de realidad, hasta llegar –en la tierra– a la aparición de la vida, primero, y de las formas superiores de vida, después.

Las líneas generales de ese prolongado proceso de transformación de la realidad, que ha durado quizás diez mil millones de años, o acaso más, se conocen en cierto modo hoy, aun cuando, por supuesto, existan muchísimas lagunas, o lagos y mares, si se quiere, en esa larga y fascinante historia de la cosmogénesis.

En ocasiones repetidas, el hombre ha estado a punto de darse cuenta de que la realidad, tal y como se nos presenta, es fruto de un largo proceso de transformación. Aristóteles mismo, que creía, como buen fixista, que el sol y las estrellas no habían nacido ni perecerían nunca, sino que eran «idénticos y perdurables a través del tiempo infinito», percibió sin embargo muchos aspectos del cambio biológico, que lo aproximan aparentemente a un biólogo evolucionista. En su *Historia de los Animales*, por ejemplo, Aristóteles hacía notar:

En la gran mayoría de los animales existen huellas de cualidades o actitudes psíquicas que están más acusadamente diferenciadas en el caso de los seres humanos... Algunas de estas cualidades difieren tan sólo cuantitativamente en el hombre y en los animales; esto es, el hombre tiene más o menos de una cualidad, y el animal más o menos de otra... La naturaleza procede poco a poco desde los seres sin vida hasta los animales, y ello de tal manera, que es imposible determinar la exacta línea de demarcación, ni en qué lado de ella debería estar una forma intermedia. Así, después de las cosas sin vida aparecen en escala ascendente las plantas, y las plantas difieren unas de otras en cuanto a su aparente vitalidad; y, en una palabra, todo el género ve-

getal, si bien está como vacío de vida si se lo compara con el animal, se halla repleto de vitalidad si se lo compara con otros seres corpóreos. *En realidad, según acabamos de hacer notar, se observa en las plantas una escala continua de ascenso hacia el animal. Así, en el mar existen ciertos seres de los que es muy difícil decir si son animales o vegetales... Y a través de toda la escala animal hay, también, una diferenciación gradual en cantidad de vitalidad y capacidad de movimiento.*

A pesar de todo, Aristóteles estaba muy lejos de ser un pensador evolucionista, entre otras cosas, su teoría de la sustancia era muy poco compatible con la idea de que unas especies pudieran transformarse en otras. Como los astros, las formas específicas de Aristóteles eran inmutables, y nada hubiera sorprendido más al filósofo griego que oír que unas especies procedían de otras.

No. La verdad es que, pese a intentos y atisbos tempranos, las teorías evolucionistas no empezaron a tomar cuerpo hasta hace un par de siglos. Todavía en 1695, el doctor Woodward, célebre médico inglés, coleccionador de fósiles, seguía afirmando que en la creación «no hay faltas ni defectos, y nada puede mejorarse...». Todavía en pleno siglo de las luces, los cambios naturales, cuando se reconocían, tendían a ser interpretados como degenerativos, o sea, como regreso o degradación de una edad de oro en que la creación había sido perfecta. Nada más lejos, pues, de la mente de científicos como Woodward, que la idea de que lo superior, el hombre, pudiera proceder de lo inferior. Semejante idea tardó mucho tiempo en imponerse, y tan sólo en el siglo pasado puede decirse que comenzó a admitirse en ciertos círculos científicos. Al hombre, como decimos, le costaba aceptar que algo –la materia– diera lo que no tenía –la vida, el pensamiento–, y, en consecuencia, las primeras formulaciones de las teorías evolucionistas (Buffon, Lamarck, el mismo abuelo de Charles Darwin) fueron mal recibidas.

Un destacado filósofo del siglo pasado, *Herben Spencer*, formuló hacia 1850 una de las primeras teorías generales de la evolución. En términos muy genéricos, y que hoy nos suenan a pretenciosos, Spencer afirmó que, a partir de un oscuro principio, todo el dinamismo cósmico había estado regido por una ley de diferenciación y complejificación crecientes: diferenciación de la materia, primero; de la vida, después, y de la sociedad, por último.

Poco después, *Charles Darwin* se decidió por fin a publicar *El origen de las especies*, una obra menos general, pero más científica que la de su contemporáneo Spencer, y que suscitó una enconada oposición en las filas conservadoras de la vida intelectual inglesa. En esta obra magistral, Darwin demostró cumplidamente que, desde hacía millones de años, la vida evolucionaba con arreglo a unas leyes relativamente simples.

En esencia, para Darwin las cosas ocurrían del modo siguiente. Todas las especies tienden a multiplicarse hasta el punto en que lo permiten los recursos de sus correspondientes *habitats*. Ahora bien, como los recursos no son infinitos, ocurre necesariamente que se establece una competencia o lucha por la vida, en la cual perecen los ejemplares menos aptos y sobreviven los mejor dotados. Al sobrevivir los mejor dotados, la descendencia de éstos, más numerosa y mejor dotada, tiende a sobrevivir más que la descendencia de los menos aptos; con lo cual, generación tras generación, la selección natural se encarga de ir modificando poco a poco la naturaleza de las especies hasta originar otras nuevas. Naturalmente, cierra estabilidad del medio provoca con el tiempo un equilibrio biológico, donde cada especie ha llegado, por decirlo así, a su óptimo de posibilidades adaptativas mediante una adaptación especializada a sus condiciones ecológicas o ambientales. Sin embargo, al producirse cambios en el medio ambiente, cambios climáticos, por ejemplo, tal equilibrio se rompe y es preciso que los individuos tengan

que volver a adaptarse a las nuevas condiciones. En este esfuerzo, algunas de las especies perecen, mientras otras dan origen a variantes que consiguen adaptarse a las nuevas condiciones de vida, hasta constituir nuevas especies, etc.

ALGUNAS LEYES DE LA EVOLUCIÓN

El evolucionismo ha influido notablemente en el desarrollo de la psicología moderna. He aquí, esquemáticamente expuestas, algunas leyes de la evolución biológica, cuya relevancia para una comprensión de la mente resulta obvia.

CARÁCTER IRREVERSIBLE DE LA EVOLUCIÓN BIOLÓGICA: La ley llamada de la «irreversibilidad» de los cambios biológicos (ley de Dollo) se refiere al carácter temporal, histórico del proceso evolutivo, en el cual no hay propiamente vuelta atrás y nada se repite. Esta ley se manifiesta en hechos como los siguientes:

- 1) Si una especie pierde un órgano en el transcurso del tiempo, o no lo recupera o, si lo hace, es de una forma nueva.
- 2) Los órganos atrofiados, a nivel de especie, no se vuelven a desarrollar.
- 3) En la evolución de las especies no hay resurrecciones; nunca ha reaparecido un grupo orgánico extinto.

CARÁCTER PROGRESIVO DE LA EVOLUCIÓN: Considerada en su conjunto, la evolución biológica manifiesta una dirección progresiva; aun cuando a lo largo del camino vayan quedando especies estacionadas u otras se extingan, en el conjunto de la vida se evidencia la aparición ordenada de especies nuevas, de creciente calidad vital o superior jerarquía adaptativa. A esta sucesión de especies, cronológicamente jerarquizadas en un orden de creciente calidad, se refiere la llamada ley de la *orto-génesis* o dirección progresiva del proceso filogenético, esto es, de la evolución de las especies. Hasta ahora, en el transcurso del tiempo la vida asciende irresistiblemente hacia

superiores niveles de sustantividad o autonomía funcional frente al medio.

LA CEREBRACIÓN CRECIENTE: Esa ortogénesis o dirección ascendente de la evolución camina, desde hace más de mil millones de años, de la mano del progresivo perfeccionamiento del sistema nervioso de las especies. La historia del ascenso biológico es, sobre todo en las especies avanzadas, la historia de su cerebración creciente. Unida a esa cerebración progresiva aparece un aumento de calidad de la conducta, hasta llegar al comportamiento del hombre.

NIVELES DE SUBJETIVACIÓN: La cerebración creciente de las especies va acompañada del ascenso a niveles superiores de subjetivación, esto es, de una superior autonomía funcional y un control específico del medio. Entre las características propias de semejante ascenso comportamental, cabe citar las siguientes:

- 1) Creciente diversificación y, a la vez, integración de funciones sensoriales y accionales: más receptores y efectores, y más integrados en un sistema nervioso central.
- 2) Menor independencia de cada función, pero mayor capacidad de sustituir unas funciones por otras y mayor autonomía funcional del organismo como tal.
- 3) Aparición de la conciencia refleja, del lenguaje y la cultura.

Por supuesto, a Darwin le faltaban muchos elementos de juicio para formular una teoría de la evolución de las especies que pudiera estar al abrigo de toda crítica; pero, con todo, su teoría de la selección natural supuso un paso gigantesco con respecto a los conocimientos anteriores. Debidamente complementada por la genética moderna – una ciencia que se desconoció hasta que Mendel, primero, y Bateson, De Vries y T. H Morgan, más tarde, descubrieron sus primeras leyes–, la teoría de Darwin ha permitido explicar hasta cierto punto bastantes aspectos de la transformación de las especies. Sobre todo, los que se re-

fieren a los cambios filogenéticos menores o microevolutivos (evolución de variedades, subespecies y especies). Durante los primeros decenios de este siglo, es verdad, una apreciación superficial de los hallazgos de la genética originó una fuerte crítica antidarwinista. La realidad, sin embargo, es que los progresos de la genética han servido para complementar convenientemente muchos puntos oscuros de las teorías de la selección natural, cuyo valor explicativo se halla hoy fuera de toda duda razonable.

Quizás para dar cuenta de la macroevolución, es decir, para explicar los cambios mayores que han dado origen a los grandes grupos biológicos, esto es, a los reinos animal y vegetal (o a los géneros, familias, órdenes, clases o ramas), se requiera la aplicación de principios que rebasen los del neodarwinismo, que cifra su teoría en una integración de la *selección natural*, las *mutaciones aleatorias* y las *recombinaciones de genes*. Quizás sea así.

Dejemos fuera de nuestras consideraciones, como ya indicamos, el grave problema filosófico de si todo este gigantesco proceso evolutivo tiene tras sí la intención de un Dios creador o es tan sólo el despliegue espontáneo de una materia eterna, y prescindamos también de las discusiones técnicas sobre las respectivas ventajas de las diversas teorías evolucionistas que se disputan hoy la primacía científica.

Con independencia de todo ello, lo que resulta indiscutible es que la aparición de los primeros seres vivos, las huellas de los primeros seres dotados de vida, se remontan a un período de tiempo difícil de calcular con exactitud, pero que posiblemente se aproxima a los 2000 millones de años. En ese período la vida comenzó a emerger de la materia, y desde entonces acá el proceso se ha continuado en un sentido de continuo perfeccionamiento biológico.

Los materialistas se resisten, por lo general, a admitir que ese inmenso proceso filogenético esté penetrado de

un sentido o finalidad progresiva: «El hombre –escribía no hace mucho Simpson– es el resultado de un proceso materialista sin finalidad alguna...». Pero lo cierto es que la evolución se ha desarrollado «como si» obedeciera a un plan encaminado a producir especies cada vez más perfectas, cada vez dotadas de mayor autonomía funcional. El «vector de cerebración creciente» de que habla Teilhard de Chardin no es una invención gratuita, sino una significación que aparece en la contemplación inteligente de los datos mismos. La «ortogénesis de fondo» tiene un fundamento *in re*.

De otra parte, es asimismo evidente que lo superior procede de lo inferior. Por paradójico que parezca, la naturaleza ha ido dando lo que no tenía: de la materia inorgánica surgió la orgánica, y de las primeras aglomeraciones vitales, las quimiobacterias y fotobacterias, y así hasta llegar a los primates y al hombre. Admitir esta realidad ha sido, al parecer, muy difícil para los espiritualistas exagerados. No hace más de diez o quince años, algunos fixistas recalcitrantes mantenían todavía que la materia, con sus energías fisicoquímicas, no basta para producir la vida ni pudo bastar para su primera producción.

Estos fixistas llegaban en sus concesiones hasta admitir que quizás la ordenación del universo en galaxias, sistemas, etc., a partir de una originaria nebulosa de hidrógeno, fuera concebible sin más intervención divina que la de un primer acto de la creación; pero *no así la aparición de la vida*, acontecimiento singular que requeriría, en cambio, un nuevo y especial acto creador de Dios.

Sin embargo, el desarrollo de la bioquímica parece ir dando la razón a Oparin, para el cual, como es sabido, la vida habría tenido que surgir de la evolución de la materia y con el tiempo acabará por ser sintetizable artificialmente. Hoy sabemos, según escribía no hace mucho G. W. Beadle, Premio Nobel en 1958 por sus descubrimientos en el campo de la genética, que todos los elementos pue-

den proceder en última instancia del hidrógeno, lo cual, si es exacto, significa que de un primitivo universo de hidrógeno es posible toda subsiguiente forma de evolución hasta llegar al hombre.

Sea ello como quiera, lo que es indiscutible es que la vida no ha existido siempre, y las especies superiores tampoco. En consecuencia, si no se quiere tener que recurrir a creaciones milagrosas continuas, es preciso admitir que la vida procede de la materia inorgánica y que las especies superiores se derivan de las inferiores. Lo cual, dicho sea de paso, no afecta para nada a la dignidad de Dios, que quedaría igualmente «a salvo» con una única y providente creación inicial.

Como recientemente concluía el doctor Aguirre, S. I. en el magisterio de la Iglesia católica no hay «nada que, por razón dogmática, se oponga a la moderna teoría biológica de la evolución... El fixismo, en estos últimos años, no ha aportado un solo argumento filosófico positivamente a su favor, ni un solo hecho experimental que lo confirme, ni una idea fecunda en biología teórica, ni un avance provechoso en biología práctica: es fuerza reconocerlo ^[1]».

El proceso de hominización

Probablemente, los restos de los primeros microorganismos que aparecieron en el planeta han desaparecido para siempre. La carencia de partes duras en esos primeros seres vivos y la metamorfosis de las rocas del período arcaico permiten augurar que la historia de los primeros pasos de la vida en nuestro planeta permanecerá desconocida para siempre.

Se supone que los primeros aglomerados orgánicos se originaron en las aguas cálidas de los océanos de hace más de 2000 millones de años. De esta primera fase de la evolución de la vida se conservan algunos trozos de piza-